

**Enrique SÁNCHEZ COSTA**, *El resurgimiento católico en la literatura europea moderna (1890-1945)*, Madrid: Encuentro («Crítica literaria», 526), 2014, 374 pp., 15,5 x 23, ISBN 978-84-9055-037-3.

El autor es un joven investigador catalán, que enseña en la actualidad en la Pontificia Universidad Católica «Madre y Maestra», en la República Dominicana. El texto denota sin embargo erudición y madurez intelectual, que combina con facilidad datos de la literatura, la filosofía y la teología. La pregunta a la que intenta responder Sánchez Costa es: «¿Por qué, en una época en que triunfaba el ateísmo de Marx, Freud o Nietzsche, tantos intelectuales de primera fila encontraron en la Iglesia católica un sentido en el torbellino de la modernidad?» (p. 24). A lo largo de estas páginas, no carentes en ocasiones de un buen estilo literario, recorreremos las vidas y obras de artistas, políticos e intelectuales, que supieron presentar de modo solvente el mensaje cristiano en la propia sociedad. Algunos de ellos serán conversos, mientras otros simplemente profundizaron a lo largo de su vida en el sentido de la propia fe. Lo destacable, en cualquier caso, es la capacidad de hacer presente en la vida pública la fe cristiana, en una sociedad anticristiana o –cuanto menos– agnóstica.

Las áreas estudiadas son la francesa, inglesa y española; faltaría por tanto el trasfondo germánico y eslavo, para poder tener una perspectiva más plenamente europea. En la *renouveau catholique*, figuran las peripecias de Verlain y Baudelaire, Bloy y Claudel, Du Bos y Mauriac, Marcel y Maritain, Péguy y Psichari. Un apasionante cuadro, en el que aparece Pascal como precursor y el problema de la Acción Francesa como un inevitable lugar común. Auspiciados por la conversión de Newman, que será el profeta en el habla inglesa, aparecerán en el *Catholic Revival* las figuras de Wilde y Dawson, Patmore y Hopkins, Knox y Benson,

Greene y Waugh, y por supuesto Chesterton, a pesar de que se muestren en esta lista itinerarios y sensibilidades dispares entre sí. Lo único que tenían en común, en el fondo, era la misma fe. En el área española, en medio de un clericalismo o su contrario, donde encontraba una difícil síntesis entre acción y contemplación, son presentadas las figuras de Unamuno y Maragall, Marichalar y Bergamín, Maeztu y Azorín, Sánchez Mazas y Giménez Caballero.

Las relaciones entre los distintos protagonistas en torno a revistas y publicaciones ofrecen igualmente un interesante entramado. El resultado es un rico mosaico lleno de datos y erudición, pero que a veces sorprende con juicios tal vez un tanto apresurados, como los que figuran sobre los distintos pontificados en las pp. 158-159. También a veces el estilo resulta un tanto prolijo y el autor añade digresiones más o menos interesantes, o se interpone demasiado entre el lector y los acontecimientos. Aparecen también juicios un tanto sumarios sobre circunstancias históricas, o valoraciones filosóficas y teológicas, que admitirían un debate un poco más prolongado. En cualquier caso, la obra es notable y ofrece procesos de conversión de intelectuales, bien hacia o en la Iglesia católica, donde los componentes vital y racional tienen un peso parecido en esa singladura religiosa y existencial. En un mundo donde imperaba el ateísmo, los modernismos y los totalitarismos, un pequeño grupo de cristianos, plenamente modernos y contemporáneos a sus contemporáneos, saben hacerse presentes en la vida pública e intelectual, e influir en ella como sal, luz y levadura.

Pablo BLANCO